

BOLETIN



ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

SECRETARÍA DE CAMARA.

Continúa la suscripción de donativos voluntarios abierta en esta Diócesis á favor de la Santa Sede.

Reales. Mrs.

Suma anterior. . . 275.410 18.

D. Miguel Arias, párroco de Toral de los Vados y arcipreste del Bierzo.	80
Su hermana Doña Francisca Arias.	20
El coadjutor de Toral de los Vados.	20
D. Miguel Perez Mercadillo, párroco de Carracedelo en el arciprestazgo del Bierzo.	80
D. Ignacio Gonzalez, párroco de Valtuille de Arriba en dicho arciprestazgo.	60
D. Ignacio Gomez, párroco de Valtuille de Abajo, en id.	40
D. Francisco Javier Abello, id. de Villadecanes en id.	40
D. Sergio Sotillo, coadjutor de Otero, en id.	40
D. Pedro Martinez, economo de Pieros, en id.	30
D. Antonio Neira, párroco de Sorrivas, en id.	20
D. Jacobo Fernandez, id. de Villamartin, en id.	20
D. Juan Lorenzo Diaz, id. de Arborbuena, en id.	40
D. Domingo Alvarez, id. de Paradela del Rio, en id.	40
D. Francisco Javier Rodriguez, id. de Dehesas, en id.	80
D. Ramon Maria Farelo, id. de Villaverde de la Abadia, en id.	20
D. Juan Francisco Vidal, id. de Villadepalos, en id.	30
D. José Garcia, id. de Carracedo, en id.	40
D. José de la Granja, id. de Fuentes nuevas, en id.	80
D. Benito Vazquez, id. de Camponaraya, en id.	40

El de Narayola.	30
El Señor Gobernador de la Abadía de Villafranca.	100
El párroco de San Nicolás, de id.	20
El de Sta. Catalina, de id.	20
El de Santiago, de id.	20
Beneficiado de Prado y Paradiña,	10
D. José Valcarce, Presbitero,	10

DEL SUMA. . . 276.440 18.

(Se continuará.)

Astorga 19 de Noviembre de 1865 = Dr. Joaquin Palacio, Secretario.

PRACTICA DEL CELO ECLESIASTICO

ó sea medios para que todo sacerdote pueda hacer fructuoso y honorable su ministerio, por Mr. Dubois, Vicario General etc. etc., traducida al castellano por D. Modesto de Lara y Gonzalez, canónigo doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Jaca, catedrático de Cánones, de elocuencia sagrada, Rector del Seminario conciliar de dicha diócesis, etc. etc.

Continuacion (1).

La modestia, dignidad y cortesania es el tema del capítulo sexto. Re-comiéndalas calorosamente á todos los sacerdotes, y condena la mirada curiosa y voluble que se fija de objeto en objeto, la familiaridad excesiva especialmente con mujeres, las expresiones bajas, triviales y groseras, la marcha vana y pretenciosa, la costumbre de vestir de seglar, los ademanes toscos y desmañados, la dejadez en el vestir y la pérdida de tiempo notable sin que en las horas arrojadas al viento nada revele al ministro de Dios vivo. Presenta como consecuencias de las precedentes faltas y vicios las inmodestias en el lugar santo, las conversaciones inútiles y las risotadas que desde la sacristía perturban la devoción de los fieles en la iglesia; la poca gravedad y el poco recogimiento en el altar, la escandalosa precipitación con que administra los sacramentos y la suciedad y abandono de la iglesia, y aconseja que se huya de ellas á todo trance adoptando los medios que propone para adquirir y practicar la modestia y dignidad de Jesucristo, sin las cuales se hacen odiosos á los pueblos.

Como cortés y urbano recomienda que el párroco estudie los usos y costumbres de la feligresía, se entere de la urbanidad y política del antece-

(1) Véase nuestro número anterior.

sor con el pueblo; y siendo buenas y convenientes seguirlas y perpetuarlas para ganar el afecto y confianza de los fieles y no dar motivo á que por sus improcedentes innovaciones se le califique de poco educado, de falto de miramiento y de humor desdeñoso que reduce á lo puramente necesario sus relaciones con el rebaño. Obrando de otro modo, concluye, despues de fijar diversas reglas, el cura comprometerá indefectiblemente el buen éxito de su ministerio pastoral.

Del desinterés manifestado con las obras, habla nuestro amado abate en el capítulo sétimo. El amor de Dios y de las almas, dice, y el amor del dinero, ó el celo y la avaricia no pueden estar juntos en el individuo porque es imposible servir á Dios y á las riquezas: el amor á la materia rechaza al amor de las cosas espirituales; un grano de avaricia arrojado en el corazón del santo más eminente acabaría en un abrir de ojos con los sublimes sentimientos que le consagrarán al servicio de Dios y á la santificación de las almas. Elucidando este importantísimo asunto, traza dos cuadros, por cierto muy exactos; el bellissimo retrato de un párroco desinteresado, generoso pío y amigo de los pobres; y el abyecto y vergonzoso de otro friamente egoísta é interesado que no practica actos de caridad, que tiene puesta su atención en las riquezas y se halla dominado por esa inesta pasión que si comunmente envilece á todos los esclavos, colma siempre de triple infamia al sacerdote cogido en sus redes. Empero, al exponer los piadosos y sapientísimos medios que preservan de semejante desdicha, señala con verdadera lucidez las corrientes que conducen al escollo opuesto de la prodigalidad, y apartándonos de ellos nos lleva de la mano á la posesion de ese *discreto desinterés*, que se consigue con el ejercicio de las obras de misericordia.

Viene ahora *la ciencia eclesiástica*, considerada como instrumento y alimento del celo.

Dos capítulos, VIII y IX, ha consagrado el abate Dubois á esta importantísima cuestión. Definida la ciencia, probado que este don no puede dejarse improductivo sin incurrir en los castigos fulminados en el Evangelio, demuestra con igual autoridad y copia de razones la ruina cierta y ejemplar en esta y en la otra vida, de los que usen del precitado don por ofender á Dios, escandalizar y corromper á las almas. Una calamidad inconcebible fuera esta prevaricación en un párroco. ¡A cuántos semejante ceguedad no precipitará con él en el infierno! *Si cæcus autem si cæco ductum praestet, ambo in foveam cadent!*

Compara al párroco á una fuente benéfica á donde la gente acude por el agua que mantiene y desarrolla la vida que circula por las venas del pueblo con el fin de demostrar la vasta instrucción que debe poseer para instruir con claridad y fruto á los fieles así en el púlpito como en el confesionario, y la superioridad y ascendiente de la ciencia y piedad unidas, ó de un sacerdote sabio y santo, sobre los enemigos de la religion y de la Iglesia.

Considerada la ciencia como instrumento de celo bajo todos los puntos de vista que considerarse puede, la presenta en seguida como alimento del celo sacerdotal por su propia perfeccion, *est perfectus sit homo Dei*. Luego con la fervorosa caridad y consumada experiencia del ejercicio parroquial, amontona razones irresistibles sobre argumentos incontestables en comprobacion de la necesidad del estudio y de la ciencia; y á las preguntas: *qué debe estudiarse, con qué objeto debe estudiarse y de qué manera conviene aplicarse al estudio*, contesta: á la primera, señalando estas ciencias; á la segunda mostrando la gloria de Dios y el bien de las almas, como objeto de este estudio, y á la tercera que la piedad, el método, el valor y la sobriedad basados y animados de la mas perfecta humildad, son las condiciones que han de presidir á este estudio, si quiere santificarlo, enaltecer con él el sagrado ministerio y convertir la ciencia en instrumento de celo y salvacion.

Refuta con facilidad y sumo asiento las siete objeciones principales con que pretenden combatir la necesidad de la ciencia y del estudio, concluyendo estos bellísimos capítulos con las siguientes palabras del ilustre cardinal de Cheverus, lastimándose de los cristianos y especialmente de los sacerdotes que necesitan frivolos pasatiempos, convites, tertulias, juegos, ca- cerías y novelas para deslizar tranquila y suavemente la vida. (1) Es que la Sagrada Escritura, decia, la historia, la literatura y las ciencias natura- les no ofrecen bastante interés para ocupar nuestra corta existencia?... En cuanto á mí, nada necesito para pasar horas deliciosas; la oracion y el es- tudio han hecho siempre el encanto de mi vida.... cuando los vivos me fa- tigan voy á descansar con los muertos.... No concebía él por qué los cató- licos estudian en tan poca escala los libros sagrados, ni que conociesen tan poco su historia, y por esto, á veces reconvenia á las personas que trataba con mayor confianza, diciéndoles: «Leeis libros insustanciales, acaso nove- las, y no leeis el mas bello de todos los libros, la más patética de todas las historias....» Quería que se leyese con sentimientos de piedad, de fe, de oracion, con el deseo de mejorar las propias y ajenas costumbres y de cre- cer en virtudes con esta lectura. Así lo hacia él, á fuerza de leer y releer la Biblia; sabíala casi de memoria, y el Antiguo Testamento le era tan fa- miliar como el Evangelio: habia meditado sus puntos históricos, sus sen- tencias morales, y la aplicacion que de ambas cosas debe hacerse en las diversas posiciones de la vida, de tal suerte que fuera cualquiera la ma- teria que tuviese que tratar, siempre tenia en la mano los pasajes que me- jor cuadraban á las circunstancias.

La santidad necesaria al sacerdote bajo el punto de vista del celo, es la tesis que prueba con evidentes razones en el capítulo décimo y final de

(1.) Libro V, núm. 4.—Vida del Cardenal Cheverus.

la primera parte de la obra que analizamos. Es un verdadero compendio de los precedentes capítulos, y á la vez una elocuente exposicion de las virtudes principales; que el sacerdote debe adquirir, poseer y practicar en el ejercicio de su augusto ministerio, recomendando con insistencia la piedad como el único y más poderoso medio de alimentar el celo, de atraer copiosísimas bendiciones del cielo y ganar innumerables almas á Jesucristo. Elévase altamente contra la hipocresía, vicio engañoso, máscara de virtud, cadena inaguantable, impía falsedad, que nunca imitar puede á la verdadera virtud, ni engañar por mucho tiempo á las almas piadosas; porque la piedad esencialmente franca, natural, ingénuo, abierta, amable y seductora, muy luego vislumbra los pliegues de la fementida que es de suyo forzada, erguida, sombría, fría y embarazada, y reprueba ese papel infernal y á todas luces indigno, que se obstinan en representar con gravísima ofensa de Dios y gran escándalo de las almas.

Evidencia los rasgos que dan á conocer á los sacerdotes animados de sólida piedad y los efectos que producen en los pueblos así la vida interior del sacerdote santo, como su regularidad en el ejercicio de tan celestial ministerio; represéntalo visitando la Iglesia y pasando cotidianamente un tiempo notable á los piés de Jesucristo eucarístico, hace resaltar la gravedad de la marcha, el recato de los ojos, el aire devoto de toda su persona, la dignidad imponente con que sube y baja del altar, el continente grave sin rigidez, modesto sin afectacion y piadoso sin sombra de singularidad durante la celebracion del santo sacrificio, la larga accion de gracias, que hace con profundo recogimiento, las visitas y consuelos espirituales prodigados á los enfermos aun despues de administrados, la regla constante y fija de oír las confesiones; la dulzura y bondad con que acoge, dirige y consuela á los penitentes y los consejos y exhortaciones inflamadas, de fe, de paz y de caridad, que descubren á los fieles la alegría, la dicha, el consuelo que experimenta en el sagrado tribunal de la penitencia, y por último el verle en el púlpito tronar contra todos los vicios con el fuego de un apóstol, y persuadido que no tiene á Dios por padre el que no tenga á María por madre, recomendar la más especial devocion á la Virgen y Madre inmaculada del Hermoso amor, bajo cuya proteccion poderosa pone su ministerio augusto, su salvacion personal y la de toda la parroquia.

¡Cuadro encantador! ¡Mil veces feliz el sacerdote que en él se vea retratado! ¡Dichosos los pueblos que tal tesoro posean! ¡Cuán pronto para gloria de Dios y vergüenza de la incredulidad mudara la faz de las naciones, si la Iglesia de Jesucristo contara muchos sacerdotes de este temple! ¡Ay! ¡pidamos todos á Dios con lágrimas en los ojos, que aumente todos los dias el número de santos sacerdotes, de sacerdotes que sean verdaderos apóstoles, *alter Christus*, por cuya virtud hicieran milagros estupendos, los mismos pro-

digios de conversion con que alegraba al cielo y confundia al infierno el bienaventurado apóstol de las gentes.

Termina esta primera parte conviniendo en que hay muchos sacerdotes de grandes talentos exteriores que, sin la reputacion de santidad, ejercen su ministerio con mayor honor y fruto que los sacerdotes piadosos y santos que no están adornados de aquellos dones. Empero, nada prueba esto, contra lo establecido y evidenciado anteriormente respecto del particular. «Dios da los talentos exteriores, dice el autor, como instrumentos y medios de buen éxito en la obra de la santificacion de las almas; nunca lo hemos negado. Mas, lo que pretendemos es que si los que han recibido estos talentos quisieran unir á ellos una alta piedad; si hicieran todo género de esfuerzos para ser santos, ellos mismos se admirarian del acrecentamiento de fecundidad de sus trabajos y, arrojando una triste mirada sobre el pasado, dejarian escapar un profundo gemido al pensar en todo el bien que hubieran podido hacer y no han hecho.

»Conjuramos á los que en este estado se hallaren, á que rechacen con todas sus fuerzas la tentacion que los conduce á permanecer estacionarios en los caminos de la piedad, acordándose de lo que tantas veces han oido y ellos mismos decir suelen á otros: *que en el camino de la perfeccion, estarse quedo es volver atrás.*»

(Se continuará.)

JUICIO RELIGIOSO DEL CÓLERA MORBO.

I.

Por mas que los hombres, haciendo aprecio únicamente de una vana filosofia llena de incertidumbres, se dediquen á disertar sobre la naturaleza de la terrible enfermedad que tantos estragos ha causado y está causando en nuestra España; por mas que traten de investigar los síntomas que presenta, las causas de su invasion, los preservativos para eludirla, y remedios para curarla, siempre quedan incontestables estas dos verdades: 1.^a Mas se habla y se escribe, que se sabe y era conveniente y necesario saber acerca del conocimiento etiológico del cólera morbo. 2.^a A pesar de todos los cálculos humanos, la epidemia es, ha sido y será siempre considerada como un azote con que Dios, ofendido por los pecados de los pueblos, los castiga con el rigor de su irritada justicia. Pasemos ligeramente por las pruebas de una y otra verdad, y dé á nuestras indicaciones la capacidad de los que lean este Boletín toda la amplificacion de que son susceptibles.

En la caída del hombre á pocos momentos de criado, tuvo su origen, como los otros males que acompañan nuestra mísera vida, la epidemia. No entendiéndose por ella otra cosa, que una enfermedad, cuyo gérmen maléfico, por contacto, miasmas, tifus, ó cualquiera género de efluencia, se comunica de unos á otros, llevando á todas partes su funesta acción mas ó menos destructora; todos los males, como efecto del pecado, y el pecado mismo, son una verdadera epidemia, tanto mas contagiosa cuanto se comunica y transmite á todo tiempo y persona, sin que nadie se exceptúe de su poderoso ascendiente.

Las enfermedades consideradas como alteraciones desordenadas en el sistema complicado de nuestra organización corpórea, ó inmutaciones de su estado fisiológico, provienen de una multitud de causas, indicadas por la grande y aun opuesta variedad de los efectos. Tócanse éstos; pero ¿quién ha comprendido aquellas? Hé aquí el grande escollo, segun el célebre clínico Pignillen, (*Disc. en la abert. de su cath.*) donde han naufragado los mas diestros pilotos. Este es el mas intrincado laberinto, donde se han enredado y perdido los mas sublimes ingenios. La doctrina de las causas de las enfermedades es la hidra espantosa que hirió gravemente á la medicina apenas salida de las manos de Hipócrates.

Y si esto sucede en las enfermedades comunes, domesticadas, digámoslo así, y amansadas por la continua observacion de ellas, y por los frecuentes descubrimientos, aunque las mas veces sin intento, de sus principios, progresos, analogías, síntomas y efecto de los específicos en variadas circunstancias, ¿qué deberemos decir cuando se trata de caracterizar una epidemia, que á manera de móstruo fiero, á todos desafía, tiene una carrera rapidísima por la que lleva la muerte, se atempera á diversos climas, complexiones, alimentos y costumbres, donde quiera infunde el horror y espanto, y hace víctimas no pocas veces á los que se acercan á observarle concediéndoles apenas que sientan el golpe? El sabio Piquer (*Medic. vet. et nov, Dicert. ep. de morb. epid.*) ha dicho: es dificultosísimo determinar las causas de una epidemia, pues aunque generales y comunes son casi innumerables, su poderio grande, su modo de obrar impenetrable, y muy poco podemos por sus efectos entrever de sus influjos ocultos. Lo peor es que se nos hace tanto mas necesario su escrutinio, cuanto mas interesante y preciso es para el feliz acierto en la curacion.

No podemos negar que es utilísimo adelantar cuanto sea posible las observaciones, y que los facultativos tomen todos los conocimientos que puedan alcanzar en la materia, y aun los comuniquen al público, pue por lo comun en semejante calamidad muchísimos no pueden contar con su asistencia. Pero es indudable sin embargo que el resultado no será tan satisfactorio como era de desear. El hombre estudia, medita, se afana; mas



hay cosas que no están al alcance de sus investigaciones filosóficas aun en la esfera de la naturaleza, porque ésta tiene sus secretos. Hemos visto y conservamos varias Memorias y algunos opúsculos dados á luz tanto en nuestra nacion como en otras, sobre el cólera considerado en cuanto á su naturaleza, y á los preservativos y remedios; y aunque en lo general están escritos en lenguaje científico, distan mucho de haber llenado su intento. Uno hay que pretende (L. J. M. Robert.) que el cólera tiene la mayor analogía con peste negra del siglo XIV. Otro afirmá (Herberger) ser distinta y aun contraria naturaleza. Junker defiende no ser contagioso el cólera. Robert ha enseñado lo contrario. Quien asegura que es bien poco temible (M. S. Francois), supuesta una escrupulosa higiene, y usando de los conocidos preservativos; y quien confiesa como lo hacia la Academia de Medicina de Paris en 1834 que hasta el dia ningun específico se conoce para la curacion del cólera, aseverando ser esto evidente, despues de todas las tentativas terapéuticas practicadas durante la epidemia.

Es cierto que desde entonces se han hecho estudios muy profundos, la ciencia médica progresa en sus experimentos, los profesores de esta facultad con celo muy laudable han empleado, y continúan empleando su consejo é industria, su habilidad y destreza, sus conocimientos y experiencia. En fuerza de observaciones, lo mas exactas que pueden ser, algo se ha adelantado en el tratamiento de los coléricos. Los resultados, empero, no corresponde á sus buenos deseos en favor de la humanidad doliente y afligida. La enfermedad reinante las mas veces supera las investigaciones, los experimentos y las observaciones. De todo lo cual debemos inferir que todavia estamos en esta parte casi á oscuras, y resta mucho que indagar á fin de evitar que en los pueblos los invadidos no mueran á centenares, y con ellos perezcan los mismos facultativos.

¿No sería mejor imitar la loable conducta de Hipócrates? Siempre que este famoso médico se veía enredado en asunto que no podia resolver con certeza recurria á su *quid Divinum*, que en el dia es lo mas despreciado, sin poderle encontrar equivalente. Resulta, pues, de lo espuesto que mas se habla y se escribe, que se sabe y era conveniente y necesario saber acerca del conocimiento etiológico del cólera morbo. Estas mismas ideas que acabamos de esponer las dilucidaremos en el próximo Boletin con el testimonio respetable de algunos venerandos Prelados de la Iglesia en España, cuyas palabras testuales aduciremos.

B. E. de Toledo.